

**ESCRITOS DE**  
**MANUEL CUBILLO JIMÉNEZ**

## PRÓLOGO

Siempre que se hace un relato de estudiantes, con ellos va la idea de la juventud, y no siempre es así.

Hay una clase de estudiantes, anónimos, callados, que sobre los sinsabores del estudio, sufren los de la edad. Somos aquellos que, por falta de medios familiares, no pudimos estudiar de jóvenes, y ya con obligaciones graves en la vida, hicimos acto de presencia en la Universidad, con ánimo de mejorar una posición alcanzada con notorio esfuerzo, que sólo cabía mejorarse al amparo de un título universitario.

Para ellos mis respetos y cariño. Este relato es un jirón de la vida de uno de esos estudiantes anónimos. En él veremos cómo el destino unió un día por un momento hombres de diversas clases, y cómo cada uno siguió el camino que la vida le había trazado.

No respetó el tiempo, ni jerarquía ni clase social, y aquella unión transitoria que motivó un viaje de exámenes se deshizo y no se ha vuelto a juntar.

Para los que el paso de los días breves, ante la longitud de la eternidad, rindieron la jornada de la vida, una oración.

Para los que aún vivan, un emocionado recuerdo con un cordial abrazo del autor.

## I PARTE

**Año 1928.** Un día del mes de junio de 1928 iba yo en un tren, atravesando la hermosa campiña cordobesa, en dirección a La Mancha. El tren era un correo, tardo, lento y pesado, como la temperatura de ese día, en aquella comarca de la bella Andalucía.

Al compás rítmico del correo se juntaba el cantar somnoliento del joven trillador, con el trotecillo “cochinerero” de la yunta. El viejo mulero remetía las orillas de la parva para que no quedasen mieses sin trillar. La paz de los campos era octaviana. No había problema social. La mano dura y a la vez tierna del General Primo de Rivera mantenía el orden, y la prosperidad de los campos se traducían en la prosperidad de España.

Cruzando el Guadalquivir dimos vista a los olivares de Jaén, con sus olivos verdes, cargados de verdes aceitunas, que aseguraban la promesa del refrán: “Una por San Juan, ciento por Navidad”, y la ciudad dormitaba, bajo la augusta vigilancia de la Cara de Dios<sup>1</sup>.

Luego Despeñaperros, pórtico de Castilla, en Sierra Morena, que nos habla de heroísmos de una raza, testimonio fehaciente de unos hombres, de un pueblo, que siempre aguantó muy mal el entrometimiento de poderes o tutores extranjeros. Después, La Mancha, con su adusta sequedad, con sus hombres recios y sarmentosos, como las vidas de sus campos, y al fin Alcázar de San Juan, primera etapa de mi viaje.

He dicho antes, “iba yo en el tren...” ¿Qué quién soy yo? Un desconocido, un Don Nadie, que tiene el atrevimiento de querer ser algo.

Me llamo Manuel Cubillo, soy andaluz porque he nacido en una rama de laurel florido, como un pájaro loco que tuviera, dentro del corazón, la primavera. Con mi bagaje de años, que ya pronto se escribirán con tres, una limpia y barata maleta y un puñado de libros prestados, pero lleno de ilusiones, a la conquista del título de Abogado, que me hacía falta para mejorar mi situación en mi escalafón, de una modesta carrera recientemente creada.

En el cartagenero tren de las once de la noche se nos juntaron: un extremeño, antes ya amigo; era de Quintana de la Serena, muy simpático y comunicativo. No sé qué habrá sido de él. A mí me acompañaba un paisano mío, mucho más joven que yo, el (...) Manolo Piedrahita, y un compañero de estudios natural de Tarancón, ya maduro, aunque algo más joven que yo, Luis Rius Zunón, del cual hablaré después.

No había plazas en tercera, única clase que nuestro escaso peculio nos permitía sacar; buscamos en el tren y tampoco había cabida en segunda. El revisor, siempre hosco y huraño, que parece condición exigida para el cargo, muy a regañadientes nos autorizó ocupar un departamento en primera. Esto nos produjo la misma alegría que a los chicos la enfermedad del maestro con suspensión de la clase. Ahí es nada: viajar en primera con billete de tercera. El placer del contrabando, luego he podido observar, es innato en todos los españoles.

Entramos en un departamento que iba ocupado por tres personas. Un señor respetable (...), casi un anciano, con muy buena figura, finos modales y rostro bondadoso; un joven, casi adolescente (un niño al lado de nosotros), que con seguridad era su hijo, pues el parecido era notorio.

El tercer viajero era otro señor joven, de mediana estatura, delgado y de buen porte; se adivinaba en él un deportista, o al menos un “amateur”. Llevaba unos quevedos, tras los que dormitaba, y sólo con el gesto nos apercibió.

A nuestra entrada, saludos, disculpas por la incomodidad, colocación de equipajes y al poco, general conversación. Luego, unas preguntas inquisitivas y mutuas.

---

<sup>1</sup> Se refiere al Santo Rostro, una reliquia que se conserva en la catedral de Jaén. Según la tradición popular, es uno de los pliegues del paño con el que la Verónica enjugó la cara de Cristo en su camino al monte Calvario.

A Luis y a mí nos faltaban pocas asignaturas para terminar Derecho. Luis deseaba acabar la carrera para meterse en política; a su juicio, el porvenir de los jóvenes de edad reflexiva estaba en tomar parte activa en el gobierno de los pueblos. Manolo Piedrahita llevaba la carrera mediada, y quería ser abogado y periodista. El joven distinguido llevaba sólo el Penal; Quintana era rico, iba a exámenes sólo para dar gusto a su padre, un labrador extremeño que quería que el hijo llevara el título que a él le faltó.

Al calor de la conversación se despabiló el de los quevedos, y supimos que sólo le guiaba ir a Murcia, destino común de todo el departamento, el ir a aprobar una asignatura de Facultad, pues le habían dicho que si no aprobaba alguna asignatura de un preparatorio universitario no le serviría para nada el antiguo grado de Bachiller. Sólo trataba pues, de conservar un derecho. Más tarde supimos que era de León y Capitán del Ejército.

Yo expresé el deseo de que si me defendía en el ejercicio de una profesión libre, me gustaría no depender de nadie, por depender de todos.

El joven distinguido no dijo nada. Su padre callaba y sonriendo, con un gesto algo augusto.

Un rato de anécdotas y chistes. Entonces, a pesar de los pocos años que hace, el chiste verde no se cultivaba; el obsceno se desconocía. Gracias a Dios, el chiste político era desconocido, ese chiste que se pasa del epigrama y de la sátira, que sólo hiere al imbécil o sordomudo que lo lanza, no estaba aún de moda. La gracia, en armonía con su nombre, tenía ese matriz agridulce y espontáneo que no tiene par, era... eso... sencillamente... Gracia.

Yo tenía la intuición de que el anciano reía como no habría reído quizá en mucho tiempo. La conversación fue decayendo y el sueño se apoderó de casi todos, o al menos ese dulce estado que produce el farrullo rítmico de la marcha.

En una parada, cuando llegamos a Albacete, un vozarrón nos despertó: “¡Navajas, navajas!”. El capitán reaccionó de muy mal humor y calificó de rufianesco el hecho de despertar a un cristiano para venderle una navaja. Hubimos de decirle que estábamos en Albacete, cuna de esa industria, que al menos en aquella época, al parecer era sólo ocupación tradicional de varias familias, y no ocupación primordial de la bella y laboriosa capital.

Al amanecer cruzaba el tren parte de la hermosa huerta murciana, y tras una parada en la floresta de moreras de Alcantarilla, llegamos a Murcia, hermosa capital del antiguo reino de su nombre.

Jamás olvidaré mi llegada a la ciudad de la Huerta. Grupos de mujeres de las más bonitas del mundo ofrecían al viajero ramos de flores casi tan hermosos como ellas. No me pude contener. Mi capitán –dije–, aquí tiene Vd. la contrapartida de las navajas. No habrá en el mundo mercancía más fina ni vendedoras más hermosas.

Allí nos despedimos. El señor, y no me cabía duda de que lo era, y su hijo, se fueron al hotel Victoria; el Capitán y el extremeño al Hotel Patrón, ambos los mejores de la ciudad, uno a las afueras y el otro en el centro. Luis y yo nos retrasamos con mi paisano, pues íbamos a una modesta pero limpia pensión que había en el Porche de San Antonio. Al salir de la explanada de la estación, una grata sorpresa nos aguardaba; fue un detalle que no he vuelto a ver en ninguna parte de España. Una fila de “galericas” – así llaman allí a las tartanas–, con los nombres de los hoteles y pensiones. Sólo había un ómnibus, el del Hotel Victoria, pero el detalle era que no hubo nadie que acudiera al asalto para quitarnos nuestro modesto equipaje. Los mozos quietos, hasta que se dirigía uno a una galera, y sólo entonces le rogaban la entrega de sus modestos bártulos. Lo consigno así porque es el único lugar de España donde no he sido materialmente asaltado por cuatro desarrapados que más que en auxilio del viajero, parece que salen a despojarlo de las maletas donde lleva uno lo mejorcito de su ropa.

Acomodados en nuestro carrito, pasamos el barrio del Carmen o de San Benito, la Triana de Murcia, y al cruzar el puente, nuestro primer acto fue rezar una salve a la “Virgen de los Peligros, que está encimica del puente...”.

Observé que Luis no rezaba, pero no hizo el menor gesto ni observación a nuestra plegaria. Atrás quedaba el paseo de Floridablanca y el Malecón, lleno de hermosas flores, aunque ya hacía bastante calor.

Llamó nuestra atención el río, que en plena campaña de la molturación del pimentón parecía un río de sangre. ¿Era una visión anticipada de la que habría de correr por el suelo de la Patria unos años más tarde? Me produjo una profunda impresión.

Al día siguiente no había exámenes por ser domingo. Hicimos una visita a la Facultad en plan orientación. Oí misa en la magnífica catedral, y pude comprobar que su torre campanario muy bien puede compararse, o mejor llamarse, la Giralda de Levante. Su altura es casi igual, quitando a la sevillana su “giraldillo”, y su acceso es de rampa, lo mismo que la de la capital andaluza. No he vuelto a Murcia desde aquellas fechas, pero conservo un detalle que no puedo silenciar. En la hermosa capilla de los Vélez, orgullo de la catedral, había un púlpito de hierro colocado encima de un cajón, al parecer de tabaco, vacío, que más que púlpito parecía el brocal de un pozo. Me agradaría saber si aquel insulto al arte ha desaparecido.

Asistimos a una curiosa sesión del Tribunal de las Aguas, curiosísimo en la Historia del Derecho Español.

Vimos las imágenes de Salzillo en la Iglesia de Jesús, y pude contemplar el Ángel de la Oración. Aquella figura celestial, demasiado bonito para varón y no llegando a femenino, no podía ser nada más que... un ángel.

Años más tarde, Dios me concedió un hijo, que seguramente está formando parte de su Celestial Corte, que tenía las formas y la belleza angelical de aquella imagen. Fue asesinado por los rojos, y luego veremos en qué horribles circunstancias.

Perdón por esta digresión, y como yo no tengo pluma ni conocimientos para ser el cronista de aquella bella ciudad, sigo mi relato estudiantil.

Al día siguiente fuimos a la Facultad. Había gran animación en los pasillos, y como cosa desusada, vimos un Tribunal formado con toga y birrete. Por los claustros, jóvenes bulliciosos; alegría de aprobados y tristeza de suspensos, recibidos en la generalidad de los casos, como reciben las cosas los que tienen aún muchos años por delante, con un resignado “¡Bueno, vendré en septiembre!”. Por uno de aquellos rincones vimos un viejecito de barba blanca, pulida y recortada. El de Quintana le preguntó –era muy entrometido– que para qué estudiaba. El viejecito le contestó que para Abogado, y que hacía el Preparatorio. Manolo Piedrahita, con su fino humorismo contestó: “Será para defenderse de las acusaciones del Juicio Final”. Luego supimos que era Oficial Mayor de un Ayuntamiento, y elevado el cargo al rango de Letrado, aquel anciano se hacía Abogado para conservar el puesto. Como mi caso era análogo, a mí me causó un profundo respeto y admiración. No todo es bullicio y alegría de juventud en las aulas universitarias.

De pronto gritó el Bedel: “Exámenes de Derecho Penal”. De una habitación salió el señor del tren con su hijo. Silencio y respeto en las dos filas, que le dieron paso al joven. El padre quedó discretamente fuera del Aula. Preguntamos y era Infante de España. Con mucho respeto nos aproximamos Manolo, el de Quintana y yo –Luis quedó rezagado como entretenido en repasar– y antes de llegar a él vino cordialmente hacia nosotros. Le perdimos perdón por la falta de respeto que pudiéramos haber cometido durante el viaje, y muy amablemente nos dijo que no sólo no nos tenía nada que perdonar ni disculpar sino que, en modo paternal, hacía muchos años que no había pasado unas horas más deliciosas que las de aquel viaje, que no olvidaría nunca. Nos estrechamos la mano, y como el hijo no llevaba nada más que aquella asignatura, de la que sacó un Notable muy merecido, con un catedrático muy duro en aquella disciplina, nos despedimos de S.A., que nos dejó un imborrable recuerdo. No en vano me había causado tanta impresión desde el primer momento.

Al día siguiente, exámenes de Historia de España. Por el pasillo de la Cátedra vimos avanzar al Capitán. Supuse, al verlo caminar, y luego comprobé, que era de caballería, pues a su paso rítmico y marcial, no sé por qué asocié el tintinear de las

espuelas. Venía sonriente y nos saludó con la mirada. Por curiosidad y afecto, entramos en el aula. Cuando llegó su turno, se acercó a la mesa pausado, serio y tieso, en posición de firme.

No se le [...] sacar bola, y el profesor, de un modo tajante, le espetó: “¡Colón!”. El Capitán, muy nerviosillo, arrancó de corrido: “Colón era un ciudadano...”. La explosión de risa que sonó en la sala contagió al Tribunal, que no pudo disimularlo, y cuando la calma se restableció, el catedrático muy serio le dice: “Si me prueba vd. de dónde, le doy sobresaliente...”. Salió aprobado y así se le recompensó del mal rato que había pasado. Cumplido su objetivo no volvimos más a verle.

Yo paseaba con Luis. A pesar mío nos hicimos muy amigos. No llegué nunca a comprenderlo. Era muy correcto. Me parece que lo estoy viendo. Tenía una calva prematura, y el resto del pelo que conservaba, pues aquella afectaba sólo a sus amplias entradas, era negro y rizado. Tenía una figura atrayente, pero la dureza de sus ojos reflejaba un profundo malestar y un visible anhelo de no sabía yo qué. Siempre me pareció un ambicioso, pero era amable y caballeroso.

Al día siguiente nos examinábamos ambos de Derecho Administrativo. Los exámenes fueron por escrito, y los temas estaban indicados en una pizarra. El Catedrático, que era una gran figura de la materia, era un tanto exigente. La facultad de Murcia tenía fama de blanda, y allí había de todo, como en todas partes. Este era de los más duros. Terminados los exámenes, cuando hubieron calificado, salieron todas las papeletas menos la de Luis. Como yo vivía con él, me esperé para ver la causa de aquel retraso. A mí me habían dado Notable, lo que no era de extrañar, pues mi carrera me obligaba a saber un poco de aquella rama. Ya muy tarde, casi de noche, y la facultad sola, salió el Profesor. Se acercó a Luis y le llamó por su nombre y apellido. Yo me retiré discretamente, pero no lo suficiente como para no oír lo que hablaron. El profesor –me parece que lo estoy viendo– era bajito, delgado, muy vivo; su cara afeitada acusaba una barba negra muy poblada, casi azuleaba, le dijo: “Yo hasta hoy he presumido en esta casa de no haber cometido una injusticia. Yo me trazo una línea cada día, y el alumno que no llega a ella no aprueba, y el que la alcanza jamás ha sido suspendido, pero repito que el que no llega, nunca ha sido aprobado”. “Usted – siguió el profesor – me ha traído una carta de un hombre que para mí lo es todo en el mundo. Aquí tiene su papeleta; vd. sabe cómo ha estado, y lo que vd. ponga en ella pongo yo en el acta”. Luis cogió la papeleta, sacó la pluma, y sin temblarle la mano, a pesar de los deseos que tenía de ser Abogado, con pulso sereno escribió “suspense”. El profesor lo abrazó, y ambos yo, único testigo de la escena, llorábamos. Doy mi palabra de honor que lo relatado es rigurosamente cierto.

En septiembre siguiente acabamos ambos. Al despedirnos, recuerdo muy bien sus pocas palabras, que para mí fueron una profecía: “Es una lástima que con tu talento y simpatía hayas dado a tu vida una orientación burguesa”. El porvenir es de las izquierdas. Los días del capitalismo están contados, y si no rectificas, te esperan muy malos ratos”. Yo sonreí, le dije que cada hombre trae marcado su destino por el dedo de Dios, y que nada ocurriría sino su Santa Voluntad. Nos abrazamos y volvió a decir. “Allí donde yo esté tendrás siempre un amigo”. Cuando lo volví a ver las circunstancias habían variado. Su profecía iba a cumplirse<sup>2</sup>.

Yo logré parte de mis ilusiones. Era Secretario del Ayuntamiento de un pueblecito andaluz, limpio y alegre, y célebre por sus vinos, y porque en él nació y vivió un personaje de D. Juan Valera: Juanita la Larga<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> Luis Rius Zunón tenía entonces 27 años y era un año mayor que Manuel Cubillo. Militó en el Partido Republicano Radical Socialista. Fue alcalde de Tarancón (Cuenca) en 1933, diputado provincial y presidente de la Diputación provincial de Cuenca en 1934, gobernador civil de Soria en 1935 y de Jaén a partir del 26 de junio de 1936. Estaba afiliado entonces a Unión Republicana.

<sup>3</sup> Desconocemos por qué Manuel Cubillo no cita nunca por su nombre al pueblo del que habla, Doña Mencía, aunque los datos que aporta permiten que podamos identificarlo sin ninguna duda.

Padecí la proclamación de la República, y serví un Ayuntamiento de nueve comunistas<sup>4</sup> y cuatro monárquicos. Sólo Dios sabe lo que sufrí. Salvé de la quema un retrato de un Obispo<sup>5</sup> hijo del pueblo, que un concejal, al que apodaban “Condumio” tenía “condenado a la hoguera” desde que tomó posesión, y tengo que apuntarme que el domingo, que celebraban sesiones, con voluntad expresa de ir contra la Iglesia, me esperaban a que saliese de misa para celebrarlas<sup>6</sup>. Un choque violento entre la Guardia Civil y los obreros comunistas de la localidad me hicieron renunciar al cargo<sup>7</sup>. Ya lo había pretendido varias veces pero el ruego de las personas de derechas me había hecho desistir. Me decían que si lo único que representaba orden y moderación en la Casa era yo, si me iba, los dejaba a merced de ellos. Los sucesos anotados me hicieron salir asqueado del cariz que tomaba la política en España.

Me vine a mi pueblo natal, donde empecé a ejercer la abogacía.

No me he de dejar en el tintero nada de lo que afecte a mi vida y que retrate una época, aunque esta sea de un cuarto de siglo.

El gran deseo de toda una vida era ejercer la profesión, y al fin me salió un cliente. En este caso mejor diré una “cliente”, porque era una pobre mujer del pueblo.

El problema era el siguiente: esta mujer había entregado a una ricacha de la calle, esposa de un aperador de una casa labradora de la ciudad, una máquina de coser “Singer”, que había adquirido a plazos, faltándole doce pesetas por pagar para adquirir la propiedad de la prenda. Recibió en préstamo cincuenta pesetas y como garantía prendaria, con desplazamiento, la máquina citada, que valía más de quinientas pesetas. Llegado el vencimiento del último pago, se presentó un Inspector de la Compañía vendedora y exigió las 12 pesetas. Acudió la dueña a la prestamista y le dio la citada cifra. La libreta de compra se cerró definitivamente a nombre de la compradora, puesto que otra no podía hacerse, pero la prestamista conservó en su poder la máquina y la libreta-título de la misma.

Mejorada la transitoria situación de mi cliente, acudió con sus sesenta y dos pesetas a rescatar la máquina para seguir la profesión de costurera, que era la habitual de ella. Primero obtuvo una negativa suave de la prestamista. Le alegó que estaba confeccionando el ajuar de una hija que debía casarse a poco, y que ya que la máquina no le había rendido nada, ahora que le prestaba un servicio, no se la daría hasta que casara a su hija.

---

<sup>4</sup> En 1931 los concejales comunistas de Doña Mencía eran solo cinco: Manuel Moreno Rosas (alcalde), Dionisio Urbano Moreno, Vicente Polo Jurado, Rafael Aceituno Jiménez y Diego Priego Salamanca. (Francisco Moreno Gómez, *La República y la guerra civil en Córdoba (I)*, Ayuntamiento de Córdoba, 1983, pág. 47). Manuel Cubillo señala que eran nueve porque calificaba también de comunistas a los concejales republicanos y socialistas. Doña Mencía fue uno de los pocos pueblos de la provincia donde hubo presencia comunista tras las elecciones municipales de 1931. En las elecciones legislativas del 28 de junio también triunfó con más del 60% de los votos la candidatura comunista en la localidad.

<sup>5</sup> Se refiere a Pedro M<sup>o</sup> Cubero López de Padilla, senador vitalicio y obispo de Orihuela en 1859, muerto en 1881. Un año después, su sobrino Atanasio García Cubero ofreció su retrato para que la Corporación de Doña Mencía lo colocara en la sala capitular. César Sánchez Romero, “El obispo Cubero (D. Pedro María Cubero López de Padilla, obispo de Orihuela)”, en *Crónica de Córdoba y sus pueblos II*, Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales y Excma. Diputación Provincial de Córdoba, Córdoba, 1991, págs. 226-237.

<sup>6</sup> La celebración de los plenos municipales en domingo no tenían voluntad de ir contra la Iglesia, sino que las corporaciones republicanas en toda España establecieron en muchos lugares reunión de los plenos en ese día, que era de descanso, o después de las ocho de la tarde el resto de los días de la semana, para que los trabajadores pudieran asistir a las sesiones después de acabar su jornada laboral. Era una manera de acercar la política al pueblo y de facilitar la participación de los propios concejales, pues muchos de ellos eran obreros y campesinos.

<sup>7</sup> El 6 de septiembre de 1931 hubo una manifestación obrera en protesta por el paro y en demanda de trabajo, encabezada por el alcalde y los concejales comunistas, que acabó con un enfrentamiento con la Guardia Civil en el que hubo seis heridos, dos de ellos graves, y con la detención de cincuenta manifestantes. A raíz de estos sucesos, el gobernador civil destituyó el Ayuntamiento y nombró una comisión gestora. Francisco Moreno Gómez, ob. cit., pág. 97.

Esperó la paciente costurera, y cuando la ceremonia se celebró, de nuevo suplicó a la “ricachona” que le devolviera su máquina, y entonces recibió una rotunda negativa, alegando que si cuando vino el Inspector no hubiese dado las doce pesetas se habría llevado la máquina, pero como no había sido así, la máquina era de ella. La pobre mujer, desolada, acudió al novel abogado.

Sólo ejercía la profesión en la ciudad un Notario de grata memoria, del que aprendí mucho en la noble tarea de “desfacer entuertos”. Como la cosa era chica, había rechazado el caso alegando sus muchos quehaceres. Luego supe por qué no la había defendido. El pleito era competencia del Juzgado Municipal. El Juez era un señorito del pueblo y su espíritu de clase le hacía pensar poco en la justicia. Acepté el caso y presenté mi demanda. Defendía a la otra un hijo del dueño del cortijo donde su marido era encargado (...). Dictada sentencia, se falló que la máquina era de la prestamista, que la había salvado para ella, pues de habérsela llevado la Compañía vendedora la hubiesen perdido las dos.

Con mucha fe en la justicia apelé ante el Juez de 1ª Instancia. Estaba decidido a quemar mi reciente título si así era toda la Justicia de España.

Gran sorpresa en el Juez cuando el Secretario, que redactaba la cabeza del acta decía “comparece la parte apelante asistida del Letrado D. Fulano de Tal”. “Pero, Manuel, Vd. es Abogado?” –“Sí señor, desde hace poco”. En el pueblo sabía muy poca gente mi término de carrera. A los niños de los ricos, cuando terminaban la suya les daban un banquete. Los pocos pobres que terminan una carrera pasan desapercibidos, y cuando más, se les calificaba de atrevidos y ambiciosos.

Se dictó la sentencia del Superior, y lo gané con costas. Se le devolvió la máquina, pero a mí no me pagó mis honorarios. Así es el pueblo. Adquirí fe en la justicia pero la perdí en los clientes.

Hoy han desaparecido los jueces municipales de la política. Son hombres de carrera, que con las recientes reformas manejan muy importantes intereses, contribuyendo desde el primer escalón al triunfo de la Justicia, que hoy es lo más alto y lo más limpio del Estado español.

Al proclamarse la República pensé en aquel Infante de España que tuvo la honra de conocer en Murcia. Sé que salió de España (Madrid), luego volvió y, llamado por Dios, le cubre la tierra de su Patria.

Yo seguí “picando pleitos”, y pese a que muchos no me pagaron, vivía en paz, sirviendo a los menesterosos cuando su reclamación era justa, en aquellos jurados mixtos, llenos de pasión y prejuicios. Ganado el recelo de las clases pudientes, que por el solo hecho de defender a los obreros ya clasificaban al abogado en el casillero de sus enemigos.

Este camino no me daba ni dinero ni gloria. Dinero no, porque lo que reclamaban era poco, y todo lo que uno les cobrara era mucho. Gloria, menos, porque los pleitos eran oscuros y silenciosos, y traían la enemistad del que podía darlos brillantes y lucrativos. Pese a ello, por espíritu cristiano, por espíritu de clase, pues yo era tan pobre como ellos, seguía mi camino. Ya veremos con qué negra ingratitud me pagaron los “míos”.



## II PARTE

**1936.** Han pasado ocho años. Un pueblo andaluz, de rancio y recio abolengo histórico, rico por la feracidad de su suelo y fronterizo entre los antiguos reinos de Córdoba y Granada, tiene una gran importancia estratégica.

Totalmente agrícola, envenenado por las doctrinas marxistas. El odio se respiraba por todas partes. El rencor crecía. Los hombres habían olvidado el último mandamiento de Jesús a sus discípulos “Amaos los unos a los otros” y nadie quería a nadie. La tragedia se presentía, y sólo faltaba la chispa alentadora para producir el incendio.

-----

En un patio lleno de macetas, en la vieja Comunidad de Labradores, un hombre escribía unas notas. Una mujer cose a la máquina, y entra una niña. Era un querubín de ocho años, rubia como el oro y encendida como amapola en el trigal. Traía un periódico en la mano y exclamó: “Mamá, mamá, mira a este hombre tan joven y tan guapo; lo han matado”. El periódico era *ABC*. En la portada la figura noble y gallarda de D. José Calvo Sotelo. Madre e hija juntaron sus lágrimas y, sin conocerlo, lloraron la muerte del proto-mártir. ¿Es que presentían lo que aquel vil asesinato iba a traer sobre su familia? Sólo Dios lo sabe.

Muy pronto aquel dolor sería el dolor de España. La muerte de aquel patricio, gloria del Derecho Local, organizada desde los poderes, podía ser la muerte de España, pero España es inmortal y protegida por el Supremo Hacedor.

-----

Unos días antes recibí una llamada telefónica: –“Oiga, ¿Es el 125?” –“Sí”. –“Le llaman del Gobierno Civil de Jaén”. –“¿D. Manuel Cubillo?” –“Al aparato”. –“Soy el Gobernador Civil de Jaén”. –“Bien, ¿qué desea?” –“Soy Luis Rius, y te llamo para enviarte un abrazo y decirte que te haré una visita si no vienes pronto por aquí”.

Los ofrecimientos de rigor y, lo confieso, un poco de frialdad por mi parte, por un recelo innato sobre aquellos gobernantes de la República.

A los pocos días, unos amigos míos me depararon la ocasión de verle. Eran labradores de una finca en el territorio de Jaén. Los traían acosados con injustos tributos y alojamientos de obreros, que no hacía sino daño a los campos, dado lo avanzado de la época.

Alguien les dijo que yo era amigo del Poncio de Jaén y me pidieron su ayuda. Como yo sabía que Luis era un hombre justo, a pesar de todo, me ofrecí a acompañarles y así lo hicimos.

Era el 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen. Llegamos a Jaén sobre las diez de la mañana y nos fuimos directamente al Gobierno Civil.

Anunciada mi visita, fuimos recibidos antes que el alcalde de la localidad donde radicaba la finca de mis amigos. Me ofreció ocuparse de la cuestión y resolver en armonía mis peticiones. El Gobernador estaba sombrío y triste. Nunca fue comunicativo. Me trató con la cordialidad y cortesía en él habitual, pero estaba realmente contrariado por algún grave problema.

Quiso invitarme a comer, pero yo rehusé por la necesidad de volver pronto a casa. El ambiente estaba cargado de inquietudes. Yo no sabía nada del movimiento que se preparaba, pues siempre viví alejado de la política, y desde mi cese voluntario en la Secretaría del Ayuntamiento, sólo me ocupaba de mi cargo en la Comunidad de Labradores, organismo apolítico, que ya tenía bastante con el latrocinio y abuso creciente en los campos.

Al salir del Gobierno Civil nos entretuvimos en algunas gestiones que llevaba mi acompañante, y decidimos comer en la capital.

Tropezamos al azar con un buen amigo, Carmelo Torres. Como era su día, nos quiso invitar y fuimos a un café. El ambiente local de esta capital, aunque nunca fue muy alegre, estaba aquel día decididamente triste. Había muy poca gente por la calle y los cafés y bares estaban casi desiertos. Los pocos transeúntes llevaban las caras, unos tristes, otros provocativas, en sus gestos y ademanes.

Dos tipos sospechosos nos siguieron con una visible insistencia. Discretamente, nos dijo Carmelo que hacía días que lo seguían. Trataban de encontrarle los sellos de cotización de la Falange, que Carmelo repartía y cobraba. Nos confesó que los tenía escondidos en el forro de un sombrero, que como al olvido, había dejado en un bar poco frecuentado por él, colgado de un perchero.

¡Pobre Carmelo! No le encontraron los sellos, pero eso no fue obstáculo para que lo asesinaran unos días después<sup>8</sup>.

Salimos presurosos, pensando en comer en un pueblo intermedio, pues ya eran casi las cinco de la tarde, pero al llegar a Alcaudete nos enteramos que habían realizado algunas detenciones de supuestos falangistas. Mi acompañante me confesó que él lo era, y no tenía miedo. Yo no era nada, y confesé que lo tenía, y que lo que quería era llegar pronto a casa.

Así lo hicimos, dejando la comida, y apresurando el regreso a nuestro hogar.

-----

Dos días después era 18 de julio. Sonó el teléfono: –“¿Es la Comunidad de Labradores?” –“Sí, soy el Secretario” –“Soy el Teniente de la Guardia Civil. Que no salga ningún Guarda al campo. Que recojan las armas y se vengán todos para el Cuartel. Nosotros salimos ahora mismo para Córdoba. He de dejar la ciudad a la custodia de ese organismo, cuyos dirigentes y guardas me merecen plena confianza”.

Minutos después estábamos en el Cuartel de la Guardia Civil. Ya había salido alguna fuerza del puesto para la capital. Cuando había de salir el Teniente y el Sargento con algunos números que quedaban se intentó hablar de nuevo con Córdoba. Ya no se pudo lograr comunicación. Entonces el sargento tuvo una clara visión y dirigiéndose a su superior le dijo: “¡Mi teniente!, creo que no debemos salir. A estas horas el Gobernador Civil puede que no sea nadie. Nosotros ya somos militares y sólo debemos obedecer órdenes de nuestros jefes”<sup>9</sup>.

Entonces nos informaron que el día de antes había estallado un movimiento militar en Marruecos. Reflexionó el Teniente y se pudo hablar con un pueblo intermedio, dando órdenes para que la Guardia Civil se volviera. Esa fue nuestra salvación, pues la fuerza volvió, dando moral al grupo de paisanos que a ella nos sumamos<sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> Carmelo Torres Romero fue asesinado en Madrid el 11 de agosto de 1936, junto a otras diez personas, en las cercanías de la estación de Atocha, por una multitud descontrolada. Formaba parte de la primera expedición de 322 reclusos que habían trasladado desde las cárceles de Jaén capital para descongestionarlas y para evitar, precisamente, que pudieran ser asaltadas y los presos asesinados, como había ocurrido el 31 de julio en la vecina cárcel de Úbeda. El 12 de agosto, otra expedición de 245 presos terminó con el asesinato de 172 de ellos tras el asalto de los trenes por un numeroso grupo de personas. Dos días después, el gobernador civil de Jaén y excompañero de estudios de Manuel Cubillo, Luis Rius Zunón, muy afectado por la tragedia dimitió, pues el origen de la expedición, ideada por él, era evitar en Jaén lo que por desgracia, y muy a su pesar, ocurrió en Madrid: el asesinato de los presos. Luis Miguel Sánchez Tostado, *Víctimas. Jaén en guerra (1936-1950)*, Ayuntamiento de Jaén, 2005, págs. 162-165.

<sup>9</sup> El teniente de la Guardia Civil, ya citado con anterioridad, era Pascual Sánchez Ramírez, y el sargento, Fidel Sánchez Valiente de la Rica.

<sup>10</sup> A partir de ese momento, la Guardia Civil se apoderó del ayuntamiento y del edificio de la Telefónica, desalojó algunos locales y tomó como rehenes a varias personas, entre ellas el hermano, la hermana y el cuñado del célebre líder cenetista José Joaquín Gómez Tienda “El Transío”. Por la noche, clausuró el Centro Obrero, donde se apropió de la lista de afiliados y detuvo a algunos militantes. Por último, a las 11

Aquella noche, patrullando por las calles, desde una ventana mataron a un Guardia Civil del grupo mixto de vigilancia<sup>11</sup>. La lucha quedaba abierta. Entre los valores espirituales y morales que se jugaban en la contienda, Patria, Religión, Familia... la vida era la que menos valor tenía en el juego.

Vivir sometidos al poder extranjero que subyugaba a España era mucho peor que la muerte. Así lo comprendimos todos y nos juramentamos para vencer o morir.

Era la época de la saca. En el pueblo había poca gente. Las noticias eran alarmantes. Seis mil campesinos, alentados por las órdenes del Gobierno de la República y bajo la impunidad de la “piara” venían sobre la ciudad armados de todas armas; rifles, escopetas y pistolas recogidas en las casas de campo<sup>12</sup>. Hoces, ya que había llegado el cumplimiento de sus consignas: “Las hoces no sólo sirven para segar mies”, y venían dispuestos a cumplirlas.

Por orden del Teniente, se formó una pequeña columna, que había de salir al campo a su encuentro. Que nadie dispare un solo tiro. Había que ofrecerles la ocasión de disuadirlos. Que ellos fueran los primeros en la agresión<sup>13</sup>.

A mí no me tocó ir en ella. Formé parte del grupo de defensa del Cuartel, por si entraban por otro lado de sorpresa y pretendían ocuparlo. Se celebró el encuentro. No hubo lugar a parlamento. Como no se sabía con seguridad el camino de entrada, las fuerzas se sorprendieron mutuamente en un lugar llamado “El Coscujo”, formando la carretera como una trinchera, y teniendo lugar el primer acto del drama. Se cumplió el orden. Dispararon primero “ellos” sin escuchar ni proponer razones. Atacaron los nuestros y fueron dispersados los campesinos. Nos ocasionaron dos bajas, también Guardias Civiles; heridos gravemente el uno y ciego el otro de una perdigonada casi a boca de jarro. Ambos perecieron a los pocos días<sup>14</sup>.

Nos organizamos para la defensa parcial de la ciudad, pues el escaso número de defensores hacía imposible defenderla toda. Ocupamos las alturas, ya que el pueblo

---

de la mañana del día 19, el teniente Pascual Sánchez Ramírez, obedeciendo una orden superior ilegal, ya que la ley marcial solo podía ser decretada por el jefe del Estado o por el gobierno y no por un jefe del Ejército, se convirtió en comandante militar de la plaza e impuso el bando de guerra.

<sup>11</sup> El teniente Pascual Sánchez Ramírez había ordenado que un grupo de dos guardias y nueve paisanos, comandados por el brigada Ricardo Zafra Martínez, se dirigiera a la cárcel de la plaza Vieja para trasladar a una zona bajo su control a los detenidos por la Guardia Civil el día anterior. Consiguieron su objetivo, sin embargo, al llegar a la altura de un bar situado en el nº 109 de la calle Amador de los Ríos un tiro mató al guardia Luis Lozano Rivera. Fernando Rivas Gómez, “La defensa de Baena”, en *Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil*, 1972, pág. 71, sitúa la muerte del guardia el día 19 de julio, y un informe del delegado comarcal de Información e Investigación (Archivo Histórico Municipal de Baena, Guerra Civil), elaborado el 26 de noviembre de 1942, corrobora esa fecha. Sin embargo, en el Registro Civil aparece anotado como fallecido el día 20. La disparidad de fechas quizás se deba a que el guardia murió en un horario cercano a la medianoche o ya de madrugada, y por ello se decidió inscribirlo el día 20.

<sup>12</sup> La respuesta al golpe de Estado en Baena fue rápida. En la mañana del día 19 salieron los obreros organizaron comisiones por los cortijos de la campiña para declarar la huelga general, apoderarse de las armas de los caseríos y traerse a Baena a todo el personal que hubiera en el campo. Arcángel Bedmar, *Baena roja y negra, Guerra civil y represión (1936-1943)*, Juan de Mairena y de Libros, Lucena, 2013, pág. 27.

<sup>13</sup> El teniente organizó una pequeña fuerza de 40 personas integrada por unos cuantos guardias civiles y 30 paisanos y guardias jurados que se les sumaron voluntariamente. A las 3 de la tarde salieron de Baena en seis vehículos y se dirigieron al encuentro de los obreros, que según el teniente sumaban unos 1.500 hombres (muy por debajo de los 6.000 que señala Manuel Cubillo), aunque los guardias civiles que lo acompañaban no llegaron tan lejos en sus estimaciones y los cuantificaron como un “numeroso grupo”. No está claro quién inició las hostilidades en el cerro del Coscujo. Lo que sí sabemos es que la Guardia Civil ocasionó “al enemigo marxista once muertos” –cuyos cadáveres quedaron abandonados– “y un número crecido de heridos”, de los que desconocemos su destino final. Arcángel Bedmar, ob. cit., pág. 28.

<sup>14</sup> Este dato de Manuel Cubillo es erróneo. En el enfrentamiento del Coscujo la Guardia Civil solo tuvo un muerto, el guardia Segundo Martín Carpintero, herido en la refriega y fallecido en el hospital de la Cruz Roja de Córdoba el 7 de agosto. Arcángel Bedmar, ob. cit., pág. 29.

tiene una topografía de cono truncado, y se redujo nuestro “ejército” a unas pocas calles, bien enlazadas entre sí.

Los puestos extremos, pronto sucumbieron al número, y su guarnición muerta o prisionera.

Los rojos establecieron su Cuartel General en el Asilo de Ancianos, antiguo Convento de San Francisco, extramuros de la ciudad y resguardada su espalda por el foso natural que allí forma un riachuelo.

No dieron ni un momento la cara. Era desesperante ver cómo desde todas las casas del pueblo se disparaba contra los puestos defensores sin ver una sola persona por las calles.

Horadaban las manzanas de casas por la cara opuesta al puesto cercano, y saqueaban los hogares, repartiéndose el botín. Destrozados los ajuares, robadas las joyas y dinero, la familia era asesinada o prisionera, llevada a San Francisco, según el grado de valor que se le concedía para sus planes. La familia de los defensores era prisionera, pensando en posibles rehenes.

Quemaron cinco iglesias, pues sólo una caía dentro del recinto defendido. Nuestra parroquia de Santa María la Mayor, que para baldón de esta generación no está reconstruida, era de rango catedralicio, con su magnífica Custodia de Arfe, ya restaurada, con su rico archivo y fastuoso vestuario.

El Convento de Madre de Dios, de la Orden Dominicana, cuya legendaria historia no me puedo sustraer a consignar: Caído Boabdil, prisionero en la batalla de Lucena, por mano de un soldado lucentino, Martín Hurtado, lo que ha inducido a error al consignar algunos cronistas que fue Lucena su prisión, fue traído a esta Ciudad, ya que la fuerza iba al mando de D. Diego Fernández de Córdoba, señor de esta Villa y Conde de Cabra. Mientras permaneció en prisión, y hasta que dispusieron de su destino los Reyes, tuvo ocasión de prendarse locamente de la hija mayor del Señor de la Villa, Doña Juana de la Cerda. Puesto en libertad, le mandó emisarios para contraer con ella matrimonio, pidiendo que abjurara de su religión cristiana. Los emisarios fueron y vinieron, hasta traer el último mensaje. Éste era una tabla primorosamente pintada. Por un lado tenía la figura del Rey Chiquito, y por la otra una imagen de Cristo Crucificado. Comprendió la cristiana el mensaje y rogó a su padre le construyera el Convento. Así se hizo, y fue su fundadora, en unión de otras damas de ilustre linaje.

Yo he visto de niño esa tabla, que se conservaba en el Convento, y hasta sé quién la llevó a vender a Madrid, en unión de otras cosas compradas a las pobres monjitas, que no tenían qué comer. (...) Bajo los escombros, producto del incendio, están las sepulturas de los nietos del Gran Capitán, pues tampoco esta iglesia se ha reconstruido.

Sólo se han reconstruido en esta ciudad dos capillas. Ambas son de monjitas. ¡Para que luego se hable de sexo débil!”. Ahora se está reconstruyendo la Iglesia Parroquia de San Bartolomé.

Sigamos la narración del asedio. El calor era sofocante. Nos cortaron el agua. La energía eléctrica, el teléfono y el telégrafo. Era imposible toda comunicación con el exterior. La comida escaseaba. El agua más. Las municiones se agotaban.

Anejo al Cuartel, o mejor dicho, formando parte del mismo, había un pabellón, que estuvo ocupado por lo que aquí se llamaba la Sub-brigada Sanitaria, Centro primario de Higiene Rural..., y a la fecha a la que me refiero ya reintegrada al Cuartel.

Este pabellón estaba abastecido de agua por una conducción secundaria, independiente de la red general, por lo que al cortar aquella, no se nos había privado del líquido a nosotros, pero algún malvado lo sabía, y al fin fue cortado este suministro. El problema era agudísimo (en pleno estiaje, con la sed que produce el miedo, y todos lo teníamos, aunque nos esforzábamos en disimularlo, y la suciedad del sudor y otras causas).

Se deliberó sobre el problema de los caballos y, aunque considerando que en todo caso eran una reserva para los defensores, también se puso a colación el peligro que suponía su muerte dentro del cuartel, de hambre y sed, para nuestra salud.

Al fin se decidió dejarlos en libertad, pero Dios, que estaba con nosotros, como estuvo con España en aquella gesta, no podía desampararnos, y realizó el milagro.

Había que ver aquellos guardias, restos de los que creó el Duque de Ahumada, con sus hoscos bigotes, sus canas y sus rostros curtidos por el servicio, llorando abrazados a sus caballos, que habían sido sus compañeros durante muchos años.

Al salir el primero, resbaló sobre el asfalto del patio. Rompió un pedazo de cemento del pavimento, y brotó el agua. “¡Agua!”, gritaron varias voces, y todos nos precipitamos al patio.

“¡Milagro, milagro!”. Allí estaba, limpia y clara el agua deseada. Lo ocurrido había sido así: cortada el agua de la conducción secundaria, lo fue por corte de la tubería, con lo cual no llegaba el líquido a su destino, pero siguió discurriendo bajo tierra, buscando una salida. Sin la pisada del caballo, o habiendo pisado unos centímetros más allá o acá, el agua hubiese salido no se sabe por dónde. Dios quiso que fuera allí, en el patio del Cuartel, para que sin riesgo pudiéramos utilizarla.

Por unos momentos las lágrimas se mezclaron con las limpias aguas del nuevo manantial, y dimos gracias a Jesús el Nazareno.

Diez días duró el asedio. Yo, al de seis, quedé desconectado de mi familia, y un tío mío que traía noticias no vino más.

Por el ganado que circulaba por las calles conocíamos por dónde iba la ocupación roja. Más piadosos con los animales que con las personas, dejaban aquellos en libertad tras saquear las casas, y como la fuente de la plaza donde estaba el Cuartel era abastecida por la conducción a que he hecho referencia, allí venían los animales en busca de agua. Así, al conocer los mulos o los caballos, ya sabíamos si habían entrado en casa de fulano o de mengano.

El día 28 de julio por la tarde, sobre las tres, llegó la columna liberadora. Cuando llegó, sólo nos quedaban unas pocas balas de fusil y de las carabinas de los guardas, otras pocas de pistola y más escasas de escopeta.

Escenas tiernas de alegría al encontrarse los seres queridos, después de diez días de angustiosa separación.

Yo pregunté por mi mujer y mis hijos. Alguien me dio la dolorosa noticia. Estaban prisioneros en San Francisco.

Yo había tenido la suerte de ignorarlo hasta aquel instante. Otros compañeros de sitio lo habían sabido desde el primer momento.

La ciudad se rindió a la entrada de las tropas de España, pero el Asilo no. Se le puso sitio y duró toda la noche. A los que teníamos allí familia prisionera se nos prohibió tomar parte en el asedio del Asilo. Temían los jefes, y con razón, alguna imprudencia, propia de la impaciencia. No se quería cañonear el edificio.

Por la mañana izó el Asilo bandera blanca. Los dirigentes, al amparo de la noche, habían huido, pero habían dejado dolorosa huella de su paso.

Ancianos, de los propios asilados, carne de su familia y de su clase, pobres desamparados de ellos mismos, acaso de su propia sangre, yacían por el suelo con horribles heridas y mutilaciones. La visión era dantesca. Seres humanos habían servido de parapeto en las ventanas, y a los que habían dejado con vida los habían rematado bárbaramente al huir. (...). Ya se ha entrado en San Francisco. Corrí despavorido en busca del Asilo. Una cara conocida, que no pude reconocer. Era una mujer. Su rostro demudado, su cara ensangrentada, su faz demudada. Era la imagen viva del Terror.

“¿Y mi mujer y mis hijos?”. La respuesta fue rotunda. Los habían matado a todos. Una mano piadosa me recogió. Estaba vivo, sí, el hombre vivía, pero el corazón estaba muerto.

Luego lo supe todo. Los habían matado a golpes de hacha. Aquel de siete años, que siempre me recordaba al Ángel de la Oración de Murcia, a mi niña con cinco, y al

otro con tres. A éste lo asesinaron en la falda de su madre, que moderna Virgen de las Angustias, lo vio morir en sus brazos, expirando juntos. De mi esposa sólo diré que era una Santa, y así murió.

-----

Yo los ofrendé a Dios, para que su sangre fuera capaz de limar los egoísmos humanos, los hombres fueran más buenos y las futuras generaciones más felices.

Pero no es así. Las clases pudientes no han aprendido la lección. El egoísmo de unos y el odio de los otros aún están latentes, y la brecha sigue abierta.

Al poco tiempo sufrí una prueba. Uno de los dirigentes (rojos), al marchar, dejó aquí sus hijos abandonados. Hubo en mi casa la Primera Comuni3n de una ni3a que me hab3a quedado, salvada milagrosamente. Di de comer aquel d3a a unos chiquitines pobres de la ciudad (...). Con ellos se entraron los hijos de aquel “dirigente”. Alguien los quiso arrojar a la calle. Los senté a la mesa y comieron. Los hijos no eran responsables de los hechos de su padre. Acaso nadie hizo nunca nada igual por el padre para que un d3a fuese mejor.

Yo veo todos los d3as hombres con las manos manchadas de sangre del Asilo. Los veo sin rencor. Están perdonados por 3l que puede, que ha liquidado aquel problema con amor y generosidad jam3s igualados por ning3n Jefe de Estado.

Tambi3n veo conductas de nuestra parte sembradoras de nuevas discordias, al burlar los preceptos de las leyes sociales protectoras de una clase a la que falta todo, en beneficio de otra clase a la que todo le sobra, y ante este contraste, el dolor del sacrificio me duele m3s, porque lo peor del sacrificio es que sea est3ril. Que no produzca los frutos que lo inspiraron.

“¿Qu3 fue de Luis?”. Supe a poco que su ambici3n le perdi3. Quiso jugar a dos barajas y conservar el cargo. Fue descubierto, y en un arranque de dignidad, que contrastaba con su conducta interna en aquel hombre que nunca llegué a comprender, termin3 peg3ndose un tiro<sup>15</sup>.

¡Que Dios le haya perdonado!. Le ceg3 su pasi3n de mandar, esa pasi3n tan maravillosamente estudiada por Mara33n.

Pero... su profec3a para conmigo quedaba cumplida.

-----

Al final de este relato, alguien me pregunt3: “¿Seguir3 Vd. en la Comunidad de Labradores?”. –“No, hijo. Cuando este organismo, aquella vieja Comunidad de Labradores, que con todo acierto, hab3a creado la Reina Madre, para sustraer la Guarder3a Rural al poder de monterillas y caciques, fue “integrada” (esa palabreja creada para apoderarse de los bienes y el esfuerzo de tantas entidades) en los Sindicatos, me arrojaron a la calle “como a una rata muerta”.

Me daban de sueldo tres mil pesetas. El odio que me cre3 el Organismo, 3nico que tuve en mi vida, me cost3 tres hijos. Baratos le salieron. Hoy desempe3a el cargo un joven, entonces un mozalbete, que disimulaba su miedo o sus ideas –no lo s3– paseando aquellos d3as del asedio una escopeta por las calles dominadas por los rojos y reparti3ndoles tabaco del estanco de su abuela. Dudo que sepa leer y escribir correctamente, y gana siete u ocho mil duros.

“¡Qu3 mal le pagaron a Vd.!” –¿Mal?, os equivoc3is. Me han pagado mal los hombres, con su injusticia. El Estado me ha pagado mejor. Me ha dado una pobre medalla con cinta azul y tres pasadores, como testimonio de mi sufrimiento por Espa3a,

---

<sup>15</sup> Luis Rius Zun3n no se suicid3. Dimiti3 en agosto de 1936 como gobernador civil de Ja3n, una provincia que qued3 casi en su totalidad en zona republicana durante toda la guerra civil. Ese mismo a3o se traslad3 a Par3s, donde trabaj3 como tesorero de Campsa. En abril de 1939 se exili3 con su familia a Nueva York, y dos meses despu3s a M3jico, donde falleci3 de muerte natural en 1974.

por la muerte de mis tres hijos<sup>16</sup>. La de mi esposa le corresponde a su anciana madre, que a los 83 años no la ha querido pedir. Dice que su hija era una santa y los santos no tienen precio.

-----

El que me ha pagado bien ha sido Dios. ESE sí que paga en buena moneda. Me dio por nueva esposa una hermana de la que me quitaron los rojos. Le iguala, porque no puede superar a la otra, en belleza y en virtudes, y el rosal ha dado nuevas rosas. Tengo cuatro hijos en compensación a los tres que perdí, que son una bendición del cielo y tengo un caudal de fe que vale un mundo.

Yo quisiera que si este pobre trabajo prosperara, sirviera a los veinte años de recuerdo para el proto-mártir D. José Calvo Sotelo y de todos los caídos de la Cruzada, que fuese como un grito que dijera a todos los españoles una sola palabra, en beneficio de todos: ¡ACORDAOS<sup>17</sup>!

---

<sup>16</sup> El Ayuntamiento de Baena sí distinguió a los guardias civiles y al personal civil que estuvieron atrincherados entre el 18 y el 28 de julio apoyando la sublevación militar. Manuel Cubillo Jiménez recibió la Medalla de Bronce de la ciudad junto a otros sesenta vecinos, según se acordó en la sesión plenaria del 18 de junio de 1946.

<sup>17</sup> Esta forma verbal imperativa puede ser una llamada a la memoria y la vez puede tener un sentido religioso si tenemos en cuenta la acentuada devoción católica de Manuel Cubillo, de la que hace gala en varias ocasiones. Una conocida oración de San Bernardo sobre el amparo de la Virgen María a los que la imploran comienza así: “Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir...”.